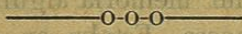


de los soldados mexicanos; intentar un nuevo desembarque y retroceder en fin para no volver á intentarlo en aquella ocasión en que una muralla de héroes defendía, regándolo con su sangre, el sagrado suelo de la Patria.

Conmovido por estos pensamientos, me retiré de aquellos sitios consagrando un recuerdo de gratitud á los que allí murieron combatiendo por la honra y por la autonomía de México.



Una cena succulenta.

(AL SE. D. IGNACIO M. QUEVEDO).

I.

Al caer la tarde de uno de los últimos días del mes de Septiembre de 1875, un viajero, hombre vigoroso aun puesto que no revelaba haber cumplido cuarenta años; vestido sencillamente con pantalón de dril blanco, blusa de lienzo azul y sombrero de palma, de anchas alas; llevando una enorme maleta al hombro y apoyado en un nudoso palo de encina que, sin duda acababa de cortar en el monte inmediato, avanzaba con rápido paso por el camino que conduce del mineral del Rosario á la villa de Escuinapa, en el Estado de Sinaloa.

Este camino, como todos los de nuestras costas en la estación de aguas, es sumamente pintoresco. Poco accidentado y casi plano, de tal modo que los carruajes transitan cómodamente por él; al caer las primeras lluvias su suelo se alfombra de menuda yerba, que flores

VILLA DE ESCUINAPA

silvestres de matizados colores, salpican como un mosaico. A los lados se ven confundiendo su exuberante follaje, la esbelta palmera de festoneadas hojas; el álamo blanco que presenta á la luz de la luna sus plateados discos; el corpulento fresno, la fresca y aromática ceiba con otra inmensa variedad de árboles que á trechos forman bosques impenetrables donde ni aun los rayos del sol penetran.

Trepando por los troncos y las ramas, en agradable confusión, se ven la guía del coamecate, la liana silvestre y la yedra que ostenta en el cáliz de sus flores los colores del iris. Todas estas plantas esparcen sus lindas y abundantes flores por la fronda oscura de los árboles formando inmensos mantos ó derramándose en abundantes cascadas.

Presta á este cuadro animación y vida, la codorniz con su silvido singular y estridente ruido que produce huyendo en bandadas á ocultarse astutamente bajo la yerba; el colibrí que zumbando con el rapidísimo movimiento que á sus alas imprime, hunde su agudo pico en el dulce cáliz de las flores; el pajaró "coa," ese rey de las aves de la costa, que ostenta orgulloso su plumaje con los colores del pabellón nacional; las bandadas de papagayos que ensordecen con su gárrula algarabía al pacífico viandante; las nubes de insectos de variados colores que zumban formando un continuo y prolongado susurro que es como el aliento de la selva, como la voz peremne de aquella naturaleza en donde la vida ostenta su lascivia procreadora.

Sin duda que nuestro viajero no se fijaba en aquel espléndido panorama, porque solo de vez en cuando alzaba la cabeza y dirigía escrutadoras miradas á los confines del camino, como si quisiera descubrir el término de la jornada.

Su ansiedad aumentaba á medida que la noche iba invadiendo con sus sombras aquellos sitios; mucho más cuando llegó á percibir un vívido relámpago que iluminaba periódicamente el horizonte: indicio de la próxima tempestad.

Marchaba, sin embargo, con toda la violencia que sus miembros, fatigados por el excesivo calor de aquel día, podían permitirle; y así, deteniéndose por breves momentos para recuperar las fuerzas perdidas, y avanzando en seguida, llegó, ya bastante entrada la noche, á las primeras casas del Escuinapa que estaban silenciosas y oscuras, dando solo indicios de vida, los furiosos ladridos de los perros que así saludaban al que se atrevía á perturbar la quietud y el sueño de aquellos pacíficos habitantes.

Dejémosle internarse en busca de un albergue donde pueda descansar de las fatigas del día, y penetremos á una de las casas principales de la villa, al curato, donde tendremos el gusto de conocer al simpático y estimable cura; pero antes daremos una ligera idea de la población.

II.

La villa de Escuinapa debe contar de 3,500 á 4,000 habitantes, en su mayor parte indígenas.

Como casi todas las de la tierra caliente sus casas son, en su mayor número, de zacate, á las que se da allí mismo el nombre de "jacales;" pocas hay con techos de teja y menos aun de "terrado." Estas últimas no pasan de dos ó tres y están ubicadas en el centro de la población.

Poco antes de la época á que se refiere nuestra historia, los jacales estaban agrupados sin orden alguno formando callejuelas ó vericuetos tortuosos; pero el año de 1872, cuando el "Tigre de Álica" lanzó sus hordas invasoras como un torrente desbordado á los Estados de Jalisco, Zacatecas y Sinaloa, la villa de Escuinapa fué incendiada por las tropas salvajes de Manuel Lozada y la mayor parte de sus casas fueron reducidas á cenizas. De ellas, como el fénix, renació la nueva población; solamente que ya entonces trazaron calles anchas y rectas, lo que prueba la verdad del antiguo adagio que dice: "No hay mal que por bien no venga." Por lo demás, la población avanza tanto como la mayor parte de nuestras poblaciones. Cuando se viaja por Europa ó los Estados Unidos del Norte, suele acontecer que á su paso asista nno á la fundación de un nuevo pueblo donde se ven trazar las calles, dividir los lotes para las ha-

bitaciones, sirviendo de núcleo un pequeño grupo de casas ya construidas y un corto número de habitantes. Por poco que el viaje se prolongue, seis meses ó un año, á nuestra vuelta, no es nada extraño que hallemos en lugar del villorio incipiente, una extensa ciudad con hermosas y elegantes fábricas de cuyas chimeneas se desprenden negras columnas de humo, heraldos del movimiento y del progreso.

En agradable compensación, cuando aquí, en nuestro país nos vemos en el caso de volver á pasar por un pueblo que hemos visitado hace veinte años, tenemos la seguridad de no hallar alteración alguna: las mismas calles, las mismas casas con la sola diferencia de uno que otro desperfecto causado por el implacable paso del tiempo; los mismos trajes, las mismas costumbres y quizá las mismas caras con algunas arrugas más. Así progresamos sino al vapor sí á pasos de tortuga, con perdón sea dicho de algunos entusiastas oradores que hacen idilios en prosa cada día 16 de Septiembre. Pero terminemos la digresión y entremos al curato. La casa es una de las más bien situadas, pues se halla en uno de los lados de la plaza é inmediata al templo. No por esto se crea, sin embargo, que es cómoda: compónese únicamente de tres reducidas y mal ordenadas piezas y de un extenso patio que el cura ha trasformado en ameno y productivo huerto donde recoge frutos y legumbres que personalmente cultiva.

El dignísimo cura de Escuinapa es un tipo no vulgar, por lo que no podemos resistir á la tentación de

hacer, aunque solo sea á vuela—pluma, su semblanza.

Pasando ya de los 70 años, de mediana estatura, perfectamente musculado y con un vigor físico poco común, soporta las fatigas de su ministerio y el clima abrazador de aquellas comarcas como si aún no pasara de la mediana edad. Sus ojos son gris-verdosos, de mirada penetrante; la cara casi cuadrada de contornos vigorosos recuerda algo la de los individuos de la raza felina, labios delgados y siempre contraídos por la sonrisa, y dos abruptas cejas que forman en el centro un remolino de pelos rígidos y enhiestos; este conjunto le da el aspecto de un antiguo bretón. Su tipo y el acento marcadamente extranjero, dan á entender que lo es y, en efecto, el Doctor Don Victor Emmanuel Delevaud (que tales son su nombre y título) nació en Saboya. Hizo después su educación en Roma donde recibió las órdenes graduándose de Doctor en Teología. Fué de allí á París de donde pasó, con un grupo de misioneros al Oregón. Circunstancias adversas lo llevaron luego al Estado de California de donde pasó al de Sonora; y habiendo tomado parte activa en la lucha de gandaristas y pesqueiristas que, en no lejanos tiempos, asoló aquella parte de la República, se vió en fin obligado á emigrar al Estado de Sinaloa donde á la sazón pasaba visita un obispo que tuvo á bien encargarle el curato de Escuinapa, con beneplácito de los vecinos.

De carácter afable y eminentemente amigo de la sociedad, no rehusa las reuniones profanas ni se escanda-

liza por nada: todo lo vé con filosofía estoica, lo que sin duda ha contribuido á su larga permanencia allí.

El curato está siempre abierto á propios y extraños; y es muy común que los forasteros, no encontrando en el pueblo ni una mala posada donde alojarse hallen en el curato albergue brindado con la mejor voluntad.

Apuntados estos detalles necesarios para la inteligencia de esta narración, volvamos á nuestro viajero á quien hemos dejado vagando por las oscuras calles de la Villa.

III.

Después de buscar inútilmente un mesón ó posada donde poder entregarse al descanso, el viajero llegó al fin á la plaza que también estaba solitaria y oscura; pero con agradable sorpresa distinguió á no lejana distancia una luz que alumbraba escasamente un zaguan. Dirigióse presuroso á aquel sitio y tocando con su bastón la entrecerrada puerta, oyó una voz que le gritó: ¡adelante!—Fácilmente se habrá comprendido que la casa era el curato y la voz la del cura que según su antigua costumbre pasaba las horas muertas apoyados los codos en una mesa de pino que en el corredor había saboreando una taza de aromático café, rico fruto

de aquellos terrenos; iluminando el cuadro una mortecina lámpara de aceite.

Nuestro hombre penetró hasta el comedor, y quitándose el sombrero, habló al cura en estos términos:

—“Señor: soy un caminante extraño en esta población á la que acabo de llegar. La noche me cogió en el camino, y tal vez por lo avanzado de la hora ha sucedido que no me haya sido posible hallar una casa abierta donde alojarme. ¿Tendría Vd. la bondad de permitirme descansar aquí las pocas horas de esta noche, á la vez que mandarme dar algún alimento pues hace varias horas que no como?

El Doctor Delevaud interpuso su mano entre los ojos y la vacilante luz de la lámpara, á guisa de pantalla, para ver al recién llegado; y respondió:

—Acomódese Vd. en el sitio que más le agrade, y descanse hasta que le plazca; y en cuanto al alimento haremos lo que se pueda que no será mucho atendiendo á lo avanzado de la hora.—Así diciendo ordenó al criado que sacara lo que hubiera de comer.

El indígena que hacía tiempo roncaba, se levantó des-
perezándose, y sacando, de mal humor, una cacerola que contenía los restos de la comida de aquel día, la llevó á la lumbre y la presentó en seguida al viajero que, sentado á uno de los extremos de la mesa, empezó á hacer los honores á la improvisada cena, como hombre que lleva varias horas de ayuno.

Saboreó durante algún tiempo aquella comida, inté-

rumpiendo luego su grata ocupación para decir al cura:

—He viajado por casi todos los Estados de la República, y me jacto de conocer prácticamente, lo que cada uno de ellos tiene de bueno y de especial en materia de alimentos: hasta ahora había creído que los chicharrones de Toluca, como sus afamados chorizos, no tenían rival; pero esta noche he cambiado de opinión y en adelante aseguraré, rindiendo con esto un tributo á la justicia, que los de Escuinapa les son superiores: estos son sin duda, más suaves y sabrosos que aquellos.

El Doctor Delevaud arrugó ligeramente el entrecejo, y acercándose á su huésped le tomó el plato y lo llevó á la luz de la lámpara: lo examinó un momento, y se lo devolvió diciéndole con calma imperturbable:

—En efecto; no recordaba que habíamos comido, hoy, chicharrones. La duda apenas manifestada por el cura tenía su razón de ser: ese día no había habido allí chicharrones, y aún muy rara vez los tomaba. Lo que tal pareció al hambriento viajero, no fué otra cosa que unas cuantas cucarachas que habiendo ido en busca de la vida, habían hallado la muerte en el líquido de la sopa. Estos animales existen en aquel terreno en abundancia, y alcanzan asombrosas proporciones y extraordinaria robustez á favor de lo ardiente del clima.

Concluida la suculenta cena, el cura sirvió á su alojado una taza de café que, por haberse descompues-

to aquel día la cafetera, lo que acaecía con frecuencia, había sido colado en un calcetín de los que el buen cura acababa de quitarse, pues esto fué lo que se halló más á la mano.

Terminada la colación, nuestro viajero se acomodó donde pudo y á poco roncaba como un guardian nocturno. Al día siguiente, al amanecer, volvió á colocar su maleta al hombro; cogió su enorme palo de encina y despidiéndose, "tomó el camino en las manos" y se alejó del pueblo no sin llevar un grato recuerdo de los chicharrones de Escuinapa.

El Rosario.

(Á LA MEMORIA DE PAZ).

I.

ALLA, en el lejano Estado de Sinaloa, al pie de agrestes cerros que como los últimos escalones de esa gran cadena de montañas que atraviesa la mayor parte de la República, se avanzan hasta morir en las playas del Pacífico, se asienta la ciudad del Rosario. Esta población, una de las más antiguas de aquellas regiones, que en los tiempos coloniales llegó á ser la capital de las Provincias Unidas de Sonora y Sinaloa, extiéndese en una vasta curva y sigue las sinuosidades del río que por uno de sus lados la circunda, para morir á poco en el mar.

El panorama general de la ciudad es agradable y pintoresco. Construida como casi todos los minerales, sobre un terreno desigual y quebrado, tiene calles estrechas y tortuosas, plazas irregulares, y edificios de

APILLA

escaso gusto arquitectónico, que asoman sus tejados rojizos por entre los verdes ramajes de frondosos tamarindos. Como un gigante que celoso la guarda, se ve alzarse majestuosamente á sus pies la soberbia mole del "Yauco" que cubriéndose en la estación primaveral de un rico manto de flores, le envía sus perfumes en las alas del viento.

La ciudad, que ha estado sujeta á las eventualidades de sus minas, debe contar ahora unos doce mil habitantes; cuyo giro principal es la minería.

Siendo por de más curioso el origen de la población y el descubrimiento de su antiguo y famoso mineral llamado "el Tajo", no podemos resistir á la idea de transcribir los curiosos apuntes que debemos á la solicitud de nuestro respetable amigo el Sr. D. Librado López Portillo, quien los tomó del "Diccionario Universal de Historia y Geografía;" dicen así:

"Puerto de Mazatlán, 3 de Abril de 1851.—Señor D. Demetrio Sotomayor.—Mi querido amigo:—Satisfago el deseo de Vd. manifestado en su grata de 1º del actual, sobre saber el origen, progreso y decadencia de ese mineral del Rosario. Para ello me valdré de algunos documentos que he podido examinar, y de la tradición constante de los moradores, venida de padres á hijos.

"El sábado tres de Agosto de mil seis cientos cincuenta y cinco, víspera de Santo Domingo de Guzmán, fué descubierta la primera veta metálica en el punto donde hoy se llama "el Tajo.—Su descubridor, Leon Rojas,

era uno de los vaqueros de la hacienda del Verde, distante cuatro leguas al rumbo del pueblo de Escuinapa. El sitio cervía de agostadero y abrevadero de los ganados de ella.

"La tarde antes de aquel día, Rojas seguía una res, y en la violencia de la carrera de su caballo se le cortó el cordon del rosario que llevaba al cuello: para hallarlo después, tiró allí su sombrero, volvió cuando era ya oscuro, encontró la señal que dejó, hizo una lumbre y pernoctó; al amanecer del siguiente día cuatro, observó que la lumbre había fundido las piedras de una veta, y que la plata derretida aparecía en abundancia.

Por tan feliz casualidad se le nombró al lugar "El Rosario." Inútiles han sido mis indagaciones para saber si Rojas ú otro fué el dueño de la negociación.—Se explotó durante setenta años hasta que en mil setecientos veintisiete fué abandonada, por las aguas, quedando en ellas sumergidas sus vetas riquísimas de oro y plata, según la expresión de Gamboa en sus comentarios.

"En el tiempo de su abandono se beneficiaron los desechaderos hasta agotarles varios mineros en más de setenta años. En nuestros días, el año de veinte, el honrado y laborioso español D. Mateo de Picaza emprendió el desagüe y trabajo de esas minas: su constancia por diez años fué perdida por la infamia é infidelidad de algunas personas en quien candorosamente confiaba: ellas labraron la ruina de este hombre tan benéfi-

co cuanto bondadoso.—Soy de Vd. etc.—José Ezque-
rro.”

Después de los trabajos de desagüe emprendidos por D. Mateo de Picaza, la mina de el Tajo volvió á quedar abandonada hasta que á mediados de este siglo tomó posesión de ella una compañía inglesa que hasta la fecha la trabaja. La referida compañía, poseedora de cuantiosos recursos, ha implantado allí todas las mejoras y perfeccionamientos á que la minería ha llegado en estos últimos tiempos, por cuya razón sus procedimientos de beneficio de metales, sus haciendas y almacenes, no dejan nada que desear. En cambio se han obtenido espléndidos productos y se puede decir, sin hipérbole, que la negociación de el Tajo, ha derramado verdaderos torrentes de plata. Por desgracia, de esas grandes riquezas solo algunas migajas tocan al país, pues explotado el mineral por una compañía extranjera, sus cuantiosos productos están destinados á ir á fertilizar los mercados de Europa.

Posteriormente, á más de el Tajo, se trabajan otras minas en la misma ciudad ó en las inmediaciones que han hecho de aquel mineral uno de los más prósperos de la República.

En el inviolable santuario de mis recuerdos. Y la Paz dueña allí acariciada por las perfumadas brisas de las montañas y arroyos por los ecos lejanos del mar, entretanto yo puedo arrojarme el pesado fardo de la vida; mientras puedo terminar á en un mundo me-

II.

Mucho más digno y más valioso que el oro que se oculta en el corazón de aquellas montañas, tengo yo allí un tesoro. En agreste colina, al pie de enhiestos cerros que la cubren con su sombra, hay un humilde cementerio cuyos sepulcros teñidos del color gris que indica el abandono y el paso del tiempo, ostentan entre sus grietas las melancólicas flores silvestres que como un suave aliento de caridad esparcen sus perfumes en torno de los muertos.

En ese triste recinto hay un sepulcro; y en su pesada lápida se leen, por debajo de una cruz griega, una fecha y un nombre. La fecha: Octubre de 1877; el nombre: Paz.

Para el visitante desconocido que turba indiferente el silencio de aquellas tumbas, la sencilla inscripción no tiene, no puede tener interes alguno. Para mí, encierra todo un mundo de lágrimas y de recuerdos.

Desde que aquel sepulcro se abriera para abrigar en su seno los inanimados restos del único sér que me ha inspirado ferviente culto á la mujer y amor á la vida; desde entonces, por más lejos que el destino me lleve, parece que algo me atrae hacia él con irresistible fuerza magnética. Y nó, jamás he de olvidarte tumba modesta y solitaria; vivirás mientras yo alien-

APILLA AL CORONADO

te, en el inviolable santuario de mis recuerdos. Y tú Paz, duerme allí acariciada por las perfumadas brisas de las montañas y arrullada por los ecos lejanos del mar, entretanto yo puedo arrojar el pesado fardo de la vida; mientras puedo reunirme á tí en un mundo mejor, pues no dudo que

..... si en la vida

Dos almas dulcemente se estrecharon,

Y al borde de la tumba

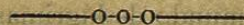
Por mandato de Dios se separarón;

La que va al infinito, soberana,

No da al que deja eterna despedida,

Que allá en lo ignoto espera su alma hermana

Para vivir con ella eterna vida.



APILLA ALA CORONA

LA CRUZ DE TEPIC

El señor de Santiago.

I.

Al sur de Tepic, no lejos de las últimas casas de la ciudad, existe sobre una suave colina un edificio que en otro tiempo fué convento de frailes franciscanos, y hoy es hospital.

En ese antiguo edificio que cuenta algo más de tres siglos de existencia puesto que fué fundado en el año 1546, se venera hace casi el mismo número de años una cruz de zacate á la que la fé religiosa y la leyenda, atribuyen origen sobrenatural y divino.

Un curioso cronista de aquellos tiempos, el Padre Tello, que según parece fué misionero en el Nayarit, refiere así el descubrimiento de la citada cruz:

“Llevando un mancebo una manada de yeguas por aquellos campos, repentinamente se detuvieron como

LIBRERIA